

# Democracia, intervención y estrategia liberal

## *Democracy, Intervention and Liberal Strategy*

Mariela Cuadro\*

A lo largo de la Guerra Fría contuvimos una amenaza global a las democracias de mercado; ahora deberíamos buscar expandir su alcance (...) En primer lugar, deberíamos fortalecer la comunidad de las más importantes democracias de mercado –incluyendo la nuestra–, quienes constituyen el núcleo del cual la expansión procede. En segundo lugar, deberíamos ayudar a promover y consolidar nuevas democracias y economías de mercado, donde sea posible, especialmente en Estados que sean importantes y en los que haya oportunidad. En tercer lugar, tenemos que contrarrestar la agresión –y apoyar la liberalización– de Estados hostiles a la democracia y a los mercados. En cuarto lugar, necesitamos perseguir nuestra agenda humanitaria no sólo proveyendo ayuda, sino también trabajando en ayudar a las democracias y a las economías de mercado a echar raíces en regiones de gran preocupación humanitaria (...).<sup>1</sup>

Anthony Lake, 1993

### Resumen

El artículo hace uso de los aportes de Michel Foucault y los aplica al estudio de las relaciones internacionales. Así, plantea que en la historia de este ámbito político han existido distintos modos de ejercicio del poder, acompañados por respectivas maneras de saber que tienen como condición de posibilidad y como efecto diversas formas de constitución de subjetividades. A tal fin, define el actual modo de ejercicio del poder del gobierno liberal mundial, contrastándolo con aquél característico del sistema westfaliano.

\* Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Becaria postdoctoral del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Argentina. Coordinadora del Departamento de Medio Oriente del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. Docente de Sociología de Medio Oriente en la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: marielacuadro@yahoo.com.ar

<sup>1</sup> Secretario de Estado del ex presidente de Estados Unidos, Bill Clinton. Extracto aparecido en el *New York Times*, 26 de septiembre de 1993, “The World: Verbatim; A Call to Enlarge Democracy’s Reach”, disponible en <http://www.nytimes.com/1993/09/26/weekinreview/the-world-verbatim-a-call-to-enlarge-democracy-s-reach.html> consultado en febrero 2014. Traducción libre.

Esto lo hace en torno a cuatro dimensiones: objeto, objetivo, forma de intervención y espacialidad. Concluyendo que, a partir del fin de la Guerra Fría, se ha instaurado una serie de enunciados liberales que han llegado a formar discurso, constituyendo nuevos sujetos y objetos de poder. Ya que el ejercicio del poder y el de la guerra son considerados como mutuamente constitutivos, las transformaciones en la guerra son también definidas a partir de estas cuatro dimensiones que el artículo arguye, combinadas, confluyen en la imposición del modelo democrático-liberal. Así, las intervenciones liberales que tienen como objetivo declarado la instauración de la democracia liberal, no son pensadas desde categorías morales, sino como formando parte de una más amplia tecnología de gobierno. **Palabras clave:** Gobierno liberal mundial, intervencionismo, guerra liberal, democracia liberal, relaciones internacionales.

#### Abstract

The article makes use of Michel Foucault's contributions and applies them to the study of international relations. This way, it asserts that through international relations history, different modes of exercising power, accompanied by different modes of knowledge, whose condition of possibility and effect have been different modes of constitution of subjectivities, have existed. To this end, the article defines the present mode of exercising power of global liberal government in contrast to the mode of exercising power characteristic of the Westphalian system. This definition is made focusing in four dimensions: object, objective, mode of intervention and spatiality. The article arrives to a first conclusion which asserts that a series of liberal statements forming discourse has been established constituting new subjects and objects of power. Providing that mode of exercising power and mode of exercising war are considered as mutually constitutive, transformations in war are also defined through these four dimensions. The article argues that, combined, these four dimensions converge in the imposition of the democratic-liberal model. This way, liberal interventions whose declared objective is the establishment of liberal democracy, are not thought from moral categories, but as making part of a greater technology of government.

**Key words:** Global liberal government, interventionism, liberal war, liberal democracy, international relations.

#### Introducción

Los modos de ejercicio del poder fueron algunos de los focos investigativos de Michel Foucault. El filósofo francés entendía al poder no como una sustancia que permanece inalterada a lo largo del tiempo, sino como una relación que, como tal, muta históricamente. De allí que la pregunta que lo guiara no fuera qué es el poder, sino cómo se ejerce.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Michel Foucault, "El sujeto y el poder" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, UNAM, México, julio-septiembre 1988, pp. 3-20.

El ejercicio del poder en Foucault aparece ligado a otras dos figuras: el saber y el sujeto. Rápida y sintéticamente, según la lectura de Gilles Deleuze,<sup>3</sup> para efectuarse, el poder precisa de un elemento formado: lo encontrará en el saber. Continuando con la lectura que de sus textos hace Deleuze, el saber, por su parte, es para Foucault un conjunto de visibles y enunciables. Bajo ciertas circunstancias, los enunciados forman discurso. La concepción de éste que Foucault concibe es singular, pues no lo considera como exento de materialidad. Así, el filósofo francés se aleja de la disputa materialismo/idealismo y plantea al discurso como generador de efectos materiales en la “realidad”. Esto significa que lo que se dice es tanto o más importante que lo que se ve.<sup>4</sup> Es por esto que el presente artículo toma a los enunciados seriamente. Descarta, así, las lecturas interpretativas que buscan en lo no dicho del texto.

A través del saber, el poder constituye a los sujetos, es decir, que su ejercicio tiene como condición y efecto la constitución de subjetividades. Y así como hay distintos modos de sujeto (no es lo mismo el súbdito que el ciudadano, aunque ambos estén atrapados en una red de poder), también existen diversos modos de ejercicio del poder. Algunas de las modalidades que el investigador identifica son el poder soberano, el disciplinario, el biopoder, el liberal. Entre éstos establece diversos y variados tipos de vinculaciones. Por momentos se distinguen con claridad, por otros, se superponen, a veces, unos aparecen vinculados formando otros y, de esta forma, incorporados a alguna “tecnología” más amplia.

El artículo parte del supuesto de que en las relaciones internacionales también han existido distintos modos de ejercicio del poder, acompañados por una serie de formas de saber, y que precisaron, para ejercerse, de diversas formas de constitución de subjetividades. Así, y muy esquemáticamente, el modo de ejercicio del poder guiado por la razón de Estado y teorizado por el Realismo clásico, en el cual la soberanía del Estado aparece como una institución sacrosanta y cuyos súbditos son presentados como instrumentos al servicio de la supervivencia del mismo –sistema westfaliano–, se distingue del actual.

Esta última afirmación no supone una extinción de la anterior modalidad y su reemplazo por una nueva. Lejos de ese planteamiento, se coincide con Ann Laura Stoler cuando sostiene que, en lugar de proponer el abandono por parte de Foucault de ciertos conceptos, perspectivas y metodologías, hay que pensar que el autor tiene un mecanismo de trabajo basado en la ruptura y recuperación.<sup>5</sup> De esta manera, el

<sup>3</sup> Gilles Deleuze, *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 2003.

<sup>4</sup> Al respecto, afirma Deleuze: “el enunciado tiene la primacía [sobre lo visible] (...) Pero primacía nunca ha significado reducción”. Véase Gilles Deleuze, *op. cit.*, p. 76.

<sup>5</sup> Ann Laura Stoler, *Race and the Education of Desire. Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Duke University Press, Londres, 1995.

actual modo de ejercicio del poder, al que se denominará junto a otros autores como gobierno liberal,<sup>6</sup> no supone más que un conjunto de tendencias observables y que aparecen por momentos compitiendo y, por otros, actuando en conjunto con elementos de la razón de Estado o el sistema westfaliano. Así, si bien el poder soberano no ha desaparecido de las relaciones internacionales, se ve cada vez más disminuido en su participación respecto a un poder liberal que va ocupando más y más espacios.

Con el despliegue de la guerra global contra el terror ha quedado en evidencia que la soberanía ha dejado de ser un concepto necesario y se ha transformado en uno contingente.<sup>7</sup> Esta transformación es un fenómeno que ha venido desarrollándose con anterioridad a ella y ha continuado de manera posterior. La disolución de las prerrogativas clásicas del Estado, la importancia cada vez mayor de las organizaciones no gubernamentales y de otros actores no estatales, la presencia más notable de organizaciones regionales e internacionales, la expansión del capital financiero desterritorializado, las pretensiones universalistas, etc., han precedido a la guerra global contra el terror y han continuado más allá de ella.

A partir del fin de la Guerra Fría, entonces, ha continuado una serie de transformaciones en el modo de ejercicio del poder a nivel mundial que ha resultado en la emergencia de una nueva racionalidad de gobierno mundial de rasgos liberales. Esto no significa que todo el mundo se haya vuelto liberal, sino que estos enunciados han formado discurso, constituyendo subjetividades. En efecto, no es necesario que cada uno de los Estados que conforman el globo sean efectivamente liberales, sólo hace falta que exista un discurso hegemónico de este tipo; que, por tanto, las organizaciones internacionales de mayor relevancia busquen imponer normas liberales; que se efectúen cambios de régimen que derivan en la imposición de democracias liberales, poniendo en jaque el principio de soberanía; que las intervenciones se efectúen en nombre del mejoramiento de las poblaciones o de la humanidad; que el sujeto de los derechos humanos continúe siendo un sujeto individual y que, a pesar de ciertos

<sup>6</sup> Entre otros: Michael Dillon y Julian Reid, "Global Liberal Governance: Biopolitics, Security and War" en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 30, núm. 1, Sage, Londres, 2001, pp. 41-66; Vivienne Jabri, "La guerre et l'État libérale démocratique" en *Cultures et conflits*, núm. 61, L'Harmattan, París, 2006, pp. 9-34; Fabio Petito, "Against World Unity: Carl Schmitt and the Western-Centric and Liberal Global Order" en Louiza Odysseos y Fabio Petito, *The International Political Thought of Carl Schmitt. Terror, Liberal War and the Crisis of Global Order*, Routledge, Londres, 2007, pp. 166-185; Louiza Odysseos, "Liberalism's War, Liberalism's Order: Rethinking the Global Liberal Order as a 'Global Civil War'", documento preparado para el *Liberal Internationalism Workshop pre-ISA*, 25 de marzo de 2008, San Francisco; Michael Dillon y Julian Reid, *The Liberal Way of War. Killing to Make Life Live*, Routledge, Nueva York, 2009; John Ikenberry, *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis and Transformation of the American World Order*, Princeton University Press, Oxford, 2011.

<sup>7</sup> Stuart Elden, *Terror and Territory. The Spatial Extent of Sovereignty*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2009.

atisbos de proteccionismo aparecidos a partir de la crisis que estalló en 2008 en Estados Unidos, el libre mercado continúe siendo considerado, por la gran mayoría de los actores de las relaciones internacionales, “un principio moral aún antes de que se transformara en un pilar de la economía”,<sup>8</sup> una institución permanente, ahistórica y el régimen de veridicción de las políticas estatales. Tal como afirman Tim Dunne y Matt McDonald, “‘lo internacional’ está constituido por reglas e instituciones que tienen una afinidad con el liberalismo sin ser necesariamente dependientes de las preferencias de los Estados liberales. Una vez que esto ha sido admitido, se abre la posibilidad de que el orden liberal mundial pueda estar sostenido por las acciones de Estados no liberales”.<sup>9</sup>

Ya que el modo de ejercicio del poder y el de la guerra son mutuamente constitutivos, la transformación del primero se ha manifestado en la del último. Las guerras ya no se presentan como tales (se evita el uso de dicho significante), sino que aparecen como intervenciones (humanitarias). Las mismas tienen lugar en zonas no liberales y su objetivo es transformarlas. El hecho de que todas ellas, abiertas o encubiertas –acontecidas en diferentes países de los distintos continentes desde la intervención en la ex Yugoslavia– hayan sido realizadas en nombre de la democracia liberal, la libertad de los individuos y de la protección de la población y los derechos humanos, así lo atestiguan.

Desde la invasión a Irak en 2003, se ha profundizado la tendencia a imponer cambios de régimen en los países intervenidos, siendo su corolario la implantación del modelo democrático-liberal que, además de la instauración de elecciones periódicas y la ampliación de cierto tipo de libertades civiles, supone reformas económicas de neoliberalización de la economía y la transformación de las poblaciones en un conjunto de ciudadanos atomizados. Entre otras cosas, la instauración de regímenes liberales allí donde antes estos no existían, requiere de individuos libres capaces de autogobernarse. Esta nueva subjetividad debe construirse a través de la ruptura de los lazos sociales preexistentes.

Las transformaciones en el modo de ejercicio del poder a nivel mundial pueden ser pensadas en distintas dimensiones. Aquí se tomarán y se definirán de manera sucinta algunas de ellas (objeto y objetivos, modo de intervención y espacialidad) con el único objetivo de argumentar la posibilidad de dar cuenta de la forma particular que adoptan las intervenciones liberales. Éstas pueden ser militares o civiles o tener aspectos de ambas. En todos los casos, el objetivo declarado es la imposición de una

<sup>8</sup> Casa Blanca, *The National Security Strategy of the United States of America*, Washington D. C., 2002, p. 18.

<sup>9</sup> Tim Dunne y Matt McDonald, “The Politics of Liberal Internationalism” en *International Politics*, vol. 50, núm. 1, Palgrave Macmillan, Hampshire, 2013, p. 5.

“verdadera” democracia (*verbigracia* una democracia liberal o de mercado) que proteja a la población de los excesos de “dictadores” y “tiranos”.<sup>10</sup> Los recientes casos de Siria (2011- ), Venezuela (2014) y Ucrania (2014), y los anteriores de Irak (2003) y Libia (2011) así lo atestiguan.

La legitimidad que adopta la imposición de la democracia liberal está sostenida por un discurso que excede por mucho a las potencias liberales y que se distribuye a través de dispositivos tales como los medios de comunicación concentrados e *Internet*, donde participan también analistas especializados. En el marco específico de Relaciones Internacionales, la democracia liberal aparece vinculada a dos elementos discursivos de gran peso: la tesis de la paz democrática y la responsabilidad de proteger.

En el presente artículo se tiene como objetivo establecer los vínculos que ligan al gobierno liberal con el ejercicio de la violencia liberal en cuatro dimensiones básicas: objeto, objetivos, modos de intervención y forma que adopta la espacialidad. La condición de posibilidad y el efecto de la instauración de la democracia liberal (corolario de las últimas intervenciones) radican en la constitución de los sujetos en individuos-ciudadanos,<sup>11</sup> lo que en muchos casos supone arrancarlos de sus identidades colectivas y comunitarias. El hecho de que los individuos sean constituidos como (auto) gobernables supone que asuman una responsabilidad individual respecto a sus éxitos y a sus fracasos, excluyendo de cualquier análisis la dimensión estructural.<sup>12</sup>

### El poder liberal: el gobierno liberal mundial

Michel Foucault trabajó la cuestión del liberalismo en seminarios tales como *Defender la sociedad* (1975-1976), *Seguridad, territorio, población* (1977-1978) y *Nacimiento de la biopolítica* (1978-1979). Al plantearlo como modo de ejercicio de poder o tecnología de gobierno Foucault estaba sosteniendo que el liberalismo no puede ser definido como ideología, sino que es un conjunto de técnicas históricas específicas que apuntan a la constitución

<sup>10</sup> Con este nombre suele hacerse referencia a los gobernantes enemigos, aún cuando hayan sido elegidos según reglas democráticas. El caso de los presidentes venezolanos Hugo Chávez y Nicolás Maduro es elocuente al respecto. El hecho de quitarle el carácter democrático a un presidente elegido de manera democrática, se sostiene en el discurso sobre la idea de que “la democracia no se trata únicamente de elecciones”.

<sup>11</sup> Tal como sostiene Balibar, el individualismo se presenta como el mejor modo de subjetivación: “Esta presencia latente de la cuestión jerárquica (...) se expresa hoy especialmente en la prevalencia del modelo individualista: las culturas implícitamente superiores serían aquellas que valorizan y favorecen la empresa ‘individual’, el individualismo social y político, en oposición a aquellas que lo inhiben”. Étienne Balibar, *Violencias, identidades y civilidad*, Gedisa, Barcelona, 2005, p. 43.

<sup>12</sup> Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

de sujetos (auto) gobernables. La característica central de éste radica, según el filósofo francés, en que es consumidor de libertad.<sup>13</sup> En efecto, lleva en su seno el mandato de lograr el menor gobierno posible, apuntalado sobre la libertad de los sujetos, constituidos como individuos. Por otro lado, si es consumidor de ésta, precisa producirla. En este sentido, aclara Foucault, la misma no es considerada como una zona prefabricada que sólo haya que respetar, sino que es necesario actuar para producirla. Y esto conlleva un costo cuyo principio de cálculo es la seguridad (asegurar el interés individual frente al interés colectivo, por ejemplo, o, por el contrario, el interés colectivo frente al individual). Con lo cual, afirma Foucault, el juego entre libertad y seguridad constituye el corazón del liberalismo como tecnología de gobierno.<sup>14</sup>

Foucault define al poder liberal en contrapunto con el poder soberano. De este modo, afirma que el objeto del primero no es el mismo que aquél del segundo. Mientras que este último estaba constituido por el soberano mismo o por el Estado (en el caso de la razón de Estado),<sup>15</sup> el objeto del gobierno liberal está constituido por la población y por la sociedad civil. Esto no significa que el Estado ha muerto, sino afirma que su significado ha mutado. No es el mismo el de la época de la razón de Estado, durante la cual todas las fuerzas del mismo apuntaban a su supervivencia, y el Estado entendido en la actualidad cuya función consiste en mejorar la vida de la población (volveremos a esto). Así, la relación entre éste y la población se modifica: si durante la razón de Estado la segunda era un instrumento para la supervivencia del primero, durante el liberalismo el segundo (en tanto gubernamentalizado) es un instrumento para el mejoramiento de la vida de la primera.

La afirmación de que la sociedad civil global se ha constituido en sujeto y objeto de gobierno bajo el régimen gubernamental liberal mundial puede ser refrendada mediante la referencia a distintos documentos y conceptos de incidencia mundial que aparecieron o cobraron relevancia sobre todo a partir de la caída del Muro de Berlín. Entre otros, cabe destacar los siguientes: que se han multiplicado organismos internacionales gubernamentales y no gubernamentales dedicados al mejoramiento de la vida de las poblaciones; que han emergido conceptos tales como el de “seguridad humana”; que los principios de igualdad soberana y de no intervención han perdido relativa importancia y, en su lugar, han surgido nociones como la de “responsabilidad de proteger”, así como discursos acerca del fin de las guerras y el remplazo de éstas por “intervenciones humanitarias”, etc. Esto también se hizo evidente en las

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> *Idem.*

<sup>15</sup> Foucault desarrolla el concepto de razón de Estado principalmente en *Seguridad, territorio, población*. El concepto vuelve a aparecer en *Nacimiento de la biopolítica*.

modificaciones de la agenda manejada por los organismos internacionales, por ejemplo, en la serie de conferencias realizadas por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y que tuvieron lugar durante la década de los años noventa del siglo pasado. Del mismo modo, es interesante notar la fuerza que tomaron ciertos organismos de promoción de la vida, como ser el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo o la Organización Mundial para la Salud. Ian Clark y Christian Reus-Smith observan con agudeza, por ejemplo, que el Consejo de Seguridad de la ONU está experimentando un “desplazamiento de misión’ en el cual las responsabilidades especiales están migrando de un dominio a otro; inicialmente le eran asignadas al Consejo en asuntos de seguridad internacional, pero últimamente han sido expandidas a la salvaguarda de los derechos humanos”.<sup>16</sup>

Desde la perspectiva que aquí se maneja, el surgimiento de todos estos documentos, conceptos e instituciones no responde a un progreso lineal y necesario de la humanidad, sino que forma parte de una nueva tecnología gubernamental que se ejerce a través de un nuevo sujeto y sobre un nuevo objeto de gobierno: la población mundial.

Esta última actúa como objeto de gobierno y como sujeto del mismo. En efecto, el gobierno liberal es considerado como una forma particular de gobierno que se efectúa sobre la sociedad civil y a través de ella. En el marco de las últimas intervenciones (sobre todo Libia 2011 y Siria 2011 hasta la actualidad), esto se hizo evidente en que las poblaciones en nombre de las cuales se intervino aparecieron no sólo como objeto (objeto de protección, etc.), sino también como sujeto de las mismas. Así, fueron presentadas como activas. Aún más, hacia ellas se dirigen el trabajo de instituciones que las forman.<sup>17</sup> En este sentido, se busca que la sociedad civil participe activamente de la promoción de la democracia liberal. Después de la invasión a Irak

<sup>16</sup> Ian Clark y Christian Reus-Smit, “Liberal Internationalism, the Practice of Special Responsibilities and Evolving Politics of the Security Council” en *International Politics*, vol. 50, núm. 1, Palgrave Macmillan, Hampshire, 2013, p. 39.

<sup>17</sup> A modo de ejemplo, respecto a la región de Medio Oriente, las instituciones estadounidenses que propician la democracia financiando a distintos sectores de la sociedad civil son, además de la United States Agency for International Development, las siguientes: Middle East Partnership Initiative, Bureau for Democracy, Human Rights and Labor, National Endowment for Democracy, Near East Regional Democracy Program, Middle East Response Fund y Office of the Special Coordinator for Middle East Transitions. Según formula el *New York Times*, “a medida que funcionarios estadounidenses y otros miran retrospectivamente los levantamientos de la Primavera Árabe, ven que las campañas de construcción de la democracia de Estados Unidos jugaron un rol mayor en la fomentación de las protestas de lo sabido anteriormente, con líderes centrales de los movimientos habiendo sido entrenados por los estadounidenses en actividades de campaña y organización a través de nuevas herramientas mediáticas y monitoreo de las elecciones”. Ron Nixon, “u. s. Groups Helped Nurture Arab Uprisings” en *The New York Times*, Nueva York, 15 de abril de 2011, disponible en <http://www.nytimes.com/2011/04/15/world/15aidhtml?r=5&hp&consultado> en abril 2011.

en el año 2003, se cuidó que las intervenciones estuvieran acompañadas por el pedido expreso de las distintas oposiciones (fue el caso de Libia en el año 2011, así como el de Siria y el de Ucrania).

Si el objeto se transforma, también lo hace el objetivo. En el caso de la razón de Estado, se trataba de la supervivencia del Estado como tal. En este sentido, no le importaba la vida de los hombres, de sus súbditos, más que en tanto eran consideradas fuerzas para la misma. Todas ellas funcionaban, por lo tanto, con vistas a dicho objetivo conservador, en un mundo entendido en términos de competencia política y económica y de juego de suma cero. Respecto a la racionalidad gubernamental liberal, ya no sólo se trata de asegurar la supervivencia de la población, enrocando Estado por población, sino que se busca mejorar la vida que el poder tomó a su cargo. La racionalidad liberal de gobierno no es conservadora, sino multiplicadora, expansiva.

Esto quedó en evidencia en la última intervención en Libia (2011). Si bien la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU instaba a los países a proteger a la población (objetivo conservador), los países que la lideraron (Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) decidieron de manera unilateral que el único modo para cumplir con el mandato del organismo internacional era el cambio de régimen y la consiguiente implantación de un régimen democrático liberal (objetivo expansivo):

Bajo los términos de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad, nuestro deber y nuestro mandato son proteger a los civiles. Es lo que hacemos. No se trata de deshacerse de Gaddafi por la fuerza. Pero es imposible imaginar que Libia tenga un futuro con Gaddafi (...) Es impensable que alguien que ha querido masacrar a su propio pueblo juegue un rol en el futuro gobierno libio (...) Existe un camino hacia la paz, portador de una nueva esperanza para el pueblo libio. Un futuro sin Gaddafi que conserve la soberanía y la integridad territorial de Libia; un futuro que restaure su economía, así como la prosperidad y la seguridad para su pueblo (...) mientras que Gaddafi esté en el poder, la OTAN y los socios de la coalición deben mantener sus operaciones a fin que la protección de los civiles sea mantenida y que la presión sobre el régimen crezca. Entonces podría comenzar una verdadera transición de un régimen dictatorial hacia un proceso constitucional abierto a todos con una nueva generación de dirigentes. Para que esta transición tenga éxito, Gaddafi debe partir, definitivamente.<sup>18</sup>

La posibilidad de esta ampliación de objetivos la otorgó el documento *La responsabilidad de proteger*. El mismo conlleva tres responsabilidades: 1) la de prevenir,

<sup>18</sup> François Sarkozy, Barack Obama y David Cameron, "Kadhafi doit partir" en *Le Figaro*, París, 14 de abril de 2011, disponible en <http://www.lefigaro.fr/international/2011/04/14/01003-20110414ARTFIG00772-sarkozy-obama-cameron-kadhafi-doit-partir.php> consultado en abril 2011.

atacando las causas del riesgo que corren las poblaciones; 2) la de reaccionar, respondiendo a las situaciones en cuestión con “medidas apropiadas, que pueden incluir medidas coercitivas (...) y, en casos extremos, la intervención militar”;<sup>19</sup> 3) la de reconstruir, actuando sobre las causas que generaron la desprotección de la población. Las “causas” aparecen vinculadas, en la mayoría de los casos, a la falta de democracia liberal. Este último punto, combinado con la tesis de la paz democrática, abre la puerta a la implantación de regímenes democrático-liberales. El documento fue ratificado por la Asamblea General de la ONU en 2005.

En cuanto a los modos de intervención, debido a la importancia central de la soberanía, el sistema westfaliano se basó en la imposibilidad de intervenir en la política interna de los otros países. Este principio se vio desafiado con las guerras napoleónicas que buscaron la exportación de la Revolución Francesa y a las que se respondió con el Congreso de Viena de 1815. El mismo funcionó como restaurador del equilibrio europeo, reinstalando el principio de soberanía como eje organizador del “Viejo Continente”. Foucault señala que, si bien el sistema westfaliano se sostiene sobre la no intervención entre Estados, al interior de cada uno de estos, ésta se produce de manera ininterrumpida, llevada a cabo por la policía.<sup>20</sup> Es la época propia de la disciplina que funciona a través de la imposición de reglamentos a los súbditos, la cual se realiza “desde el exterior”, es decir, que las conductas son impuestas a los súbditos por una fuerza extraña (aunque no extranjera) a ellos.

Según Foucault, el gobierno liberal no se ejerce ya “desde el exterior”, sino que se caracteriza por ser un poder que lo hace desde el interior. En efecto, se sostiene sobre la “naturaleza” de los hombres, sin procurar imponer conductas a través de la reglamentación de la vida de los hombres y mujeres, sino guiando, regulando, las ya existentes. Bajo esta lógica, frente al entonces actuante Estado policía, el liberalismo plantea que el único modo de fomentar la riqueza y el desarrollo es a través de dejar liberados los mecanismos del mercado, ente concebido como natural. Esto sólo supone el fin de la intervención en este ámbito, emergiendo espacios distintos de gobierno (población y sociedad civil). En un contexto en el que el mercado ya ha sido liberado de la intervención estatal, emerge el neoliberalismo. Éste lo concibe como un artificio y, por tanto, plantea que la intervención constante es necesaria a fin de instaurar sus mecanismos en todos los ámbitos sociales. Se trata de una intervención ambiental en el marco en el que se desarrolla la vida de la población, de establecer las reglas del juego para que al interior de las mismas los asuntos se desplieguen de

<sup>19</sup> Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal, *La responsabilidad de proteger*, International Development Center, Ottawa, 2001.

<sup>20</sup> Michel Foucault, *Securité, territoire, population*, Seuil/Gallimard, París, 2004.

forma natural: “ningún intervencionismo económico o el mínimo de intervencionismo económico y el máximo de intervencionismo jurídico”, afirma Foucault.<sup>21</sup> A diferencia del liberalismo que supone la libertad como dato previo y la retirada del Estado para que ésta pueda desplegarse, el neoliberalismo no la concibe como una naturaleza, sino que se propone producirla.

Visto y considerando la homologación que los Estados liberales efectúan entre sus modos de producción, gobierno y sociedad y la libertad –término ambiguo y no definido–, es posible comprender que la exportación de la libertad suponga la imposición de modelos propios al extranjero. En este sentido, Tarik Barkawi y Mark Laffey afirman que “(d)entro y fuera del núcleo de Estados occidentales (...) la gran estrategia de Estados Unidos post-Segunda Guerra Mundial puede ser entendida en términos de la producción de espacios liberales”.<sup>22</sup> Así, el liberalismo se presenta como un modo de gobierno integrador, cuyo intervencionismo tiene como finalidad incorporar a los países y culturas no liberales al gobierno liberal. Esto lo efectúa a través de la transformación institucional. El cambio de régimen aplicado a los distintos países intervenidos supone la instauración de la democracia liberal (elecciones más libre mercado) con el objetivo de mejorar la vida de la población que el poder tomó a su cargo.

La cuestión que subyace y en la que aquí se está buscando hacer hincapié, es que estas extrapolaciones de un régimen de gobierno particular, no se restringen a la exportación de urnas, partidos políticos y boletas. Ya que la relación de gobierno es de tipo social, esta última también debe ser exportada, lo que implica una transformación en el modo en el que los sujetos se relacionan con los otros y con ellos mismos. Si se postula que la relación de gobierno puede ser exportada sin más a cualquier país, no importa cuáles sean sus relaciones sociales históricas, es porque se supone que los sujetos son naturalmente libres, democráticos y portadores de derechos también concebidos como naturales. Esto explica –en parte– el fracaso de estos experimentos tanto en Afganistán, como en Irak y en Libia, por mencionar sólo los ejemplos más notables.

Si este tipo de intervencionismo es posible, se debe a que la configuración del poder mundial ha atravesado cambios también en la dimensión de su espacialidad. A pesar de no ser inmaculada –tal como lo demuestra Stephen Krasner–,<sup>23</sup> la soberanía estatal constituía la institución fundamental del sistema westfaliano: era el principio

<sup>21</sup> Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 199.

<sup>22</sup> Tariq Barkawi y Mark Laffey, “The Imperial Peace: Democracy, Force and Globalization” en *European Journal of International Relations*, vol. 5, núm. 4, Universidad de Sussex, Brighton, Gran Bretaña, 1999, p. 419.

<sup>23</sup> Stephen D. Krasner, *Soberanía, hipocresía organizada*, Paidós, Barcelona, 2001.

sobre el cual se basaban las relaciones entre los actores de la política mundial. En cuanto a las características de las unidades políticas, la cualidad central del Estado-nación moderno fue la consolidación de una única autoridad en el territorio gobernado. Esto implicó dos demarcaciones espaciales fundamentales: por un lado, entre lo público y lo privado y, por otro, entre lo interno y lo externo. El rol central jugado por la institución de la soberanía se sostenía sobre el reconocimiento de la igualdad de los Estados,<sup>24</sup> característica que Carl Schmitt valoraría como principal para evitar las guerras de destrucción,<sup>25</sup> y a la que John Gérard Ruggie (1993) denominó “soberanía recíproca”.<sup>26</sup> En efecto, la paz de Westfalia, que suponía el reconocimiento de los Estados que formaban parte de ella, se sostenía sobre la existencia de una pluralidad de dichas entidades. En términos de Schmitt, se trataba de un “pluriverso”, existente en tanto tal.<sup>27</sup> Es decir, que mientras se conservara el equilibrio de fuerzas de modo tal que no hubiera un único Estado capaz de subsumir al resto bajo su poder, el sistema westfaliano estaba garantizado. En este sentido, se encontraba inmerso en una racionalidad conservadora basada en el reconocimiento y en el mantenimiento de los Estados (europeos) entonces constituidos. Foucault afirma al respecto que “(el imperio está bien muerto)”.<sup>28</sup>

En este contexto, la paz era frágil y precaria puesto que estaba signada por la posibilidad de utilizar la guerra intersoberana contra enemigos políticos<sup>29</sup> como instrumento para la conservación del equilibrio de poder. Es decir que, por un lado, la pluralidad era una condición de dicha paz y, por otro, la perspectiva de una “paz perpetua” quedaba por fuera de la razón de Estado.

El liberalismo cambia esta concepción espacial, propia de la razón de Estado. Si ésta suponía un “pluriverso” de Estados autointeresados que, para sobrevivir en tanto tales, estaban comprometidos con el sostenimiento de un equilibrio de fuerzas al interior de Europa, basado en una concepción de juego de suma cero (la tesis realista), el nuevo discurso gubernamental postulará un juego de suma distinta de cero. Es

<sup>24</sup> En un primer momento sólo gozaban de este beneficio los Estados europeos, mientras que las demás zonas del mundo quedaban como tierra liberada (véase Carl Schmitt, *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del 'ius publicum europaeum'*, Struhart & Cía, Buenos Aires, 2005). Afirmar la igualdad recíproca, formal, de los Estados europeos respecto a su soberanía no significa descartar la existencia de diferencias. Lo que se busca resaltar es el carácter de pluralidad de la Europa westfaliana, frente a la idea de universalidad que supone el liberalismo. La soberanía recíproca suponía la imposibilidad de interferir en los asuntos domésticos de otros Estados (europeos).

<sup>25</sup> Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Struhart & Cía, Buenos Aires, 2006.

<sup>26</sup> John Gérard Ruggie, “Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations” en *International Organization*, vol. 47, núm. 1, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

<sup>27</sup> Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, op. cit.

<sup>28</sup> Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 252.

<sup>29</sup> El concepto de enemigo político está desarrollado en Carl Schmitt, *Teoría del partisano*, Centro de Estudios Políticos Constitucionales, Madrid, 1966.

decir, que el liberalismo supone que el desarrollo de un Estado sólo es posible a través del de los otros. Por lo tanto, la mundialización del comercio se torna necesaria. Esto sólo es posible, desde el punto de vista liberal, si se permite al mercado desenvolverse de manera natural.

La concepción de suma distinta de cero propia del liberalismo cambia también la de la paz y la guerra. El supuesto basado en el intercambio mundial que postula la posibilidad de que a través de éste los Estados se beneficien recíprocamente, abre la puerta al planteamiento de una paz definitiva y habilita la prohibición de la guerra.

Por otra parte, la emergencia del nuevo objeto de gobierno en el ámbito mundial, la irrupción del individuo como sujeto de derecho y, ligada a ésta, la aparición en 1948 de los que fueran definidos como derechos humanos, dieron lugar de modo paulatino a una relativa pérdida de importancia de la soberanía tal como era entendida durante la razón de Estado.

Como se planteó con el concepto de “soberanía recíproca” y la concepción schmittiana del *ius publicum Europaeum*,<sup>30</sup> la soberanía suponía la igualdad formal de los Estados. Por el contrario, el advenimiento del liberalismo a nivel mundial establece una jerarquía entre los mismos. Al interior de la misma, los Estados liberales –ubicados en su gran mayoría en el Occidente del globo– marcan la norma con base en la cual el resto de los Estados son valorados. De esta manera, la soberanía se vuelve contingente: aquélla de los Estados iliberales queda a disposición de la voluntad de los primeros. La emergencia de diversas instituciones internacionales (las conferencias de Naciones Unidas de la década de los años noventa del siglo pasado, el concepto de seguridad humana, la responsabilidad de proteger, las intervenciones humanitarias, entre otras), facilita el carácter contingente de la soberanía, a través del debilitamiento del principio de igualdad soberana y de aquel de no intervención. La responsabilidad de proteger es clara al respecto: entre sus principios básicos, el documento afirma que la principal responsabilidad de los Estados es proteger a sus ciudadanos. Esta figura erosiona el principio de igualdad soberana debido a que sostiene que, cuando aquéllos no pueden hacerlo, o cuando estos son aterrorizados en forma deliberada, “el principio de no intervención cede ante la responsabilidad internacional de proteger”.<sup>31</sup>

De esto no debe deducirse, como lo han hecho ciertos académicos,<sup>32</sup> que el Estado haya desaparecido o haya dejado de existir. Según Foucault la razón gubernamental liberal está atravesada por la tensión entre espacio de soberanía e

<sup>30</sup> Carl Schmitt, *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del 'ius publicum europaeum'*, *op. cit.*

<sup>31</sup> Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal, *op. cit.*

<sup>32</sup> Ver, por ejemplo, Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002.

individuos económicos.<sup>33</sup> La presión ejercida por el polo de la libertad individual percute en forma continua los rígidos bordes estatales al punto de obtenerse otra espacialidad en la que la integridad territorial continúa siendo de fundamental importancia (los argumentos en torno a la cuestión de Crimea están allí para demostrarlo), pero en el que el contenido de dicho territorio (Estado) tiende a homogeneizarse según normas liberales universalizadas. De allí que pueda comprenderse la paradoja que subraya Stuart Elden<sup>34</sup> cuando da cuenta de la vocación por conservar la integridad territorial de los distintos Estados intervenidos, al tiempo que su soberanía deviene contingente. El caso de Irak después de la invasión es elocuente al respecto. A pesar de la fuerte ola de violencia sectaria que se desató tras el derrocamiento de Saddam Hussein, la administración Bush se negó reiteradamente a la división del territorio en tres Estados (uno shíita, uno sunnita y uno kurdo), tal como lo proponían muchos analistas.

Por lo tanto, en el pasaje de la razón de Estado al gobierno liberal, la cuestión territorial sigue teniendo importancia, pero la institución de la soberanía cambia de significado. Ya en 1950 Schmitt había reparado en dicha tensión, a la que había concebido bajo la forma de la coexistencia de una lógica territorial, ligada a lo político-estatal, y una lógica marítima vinculada a una economía de libre mercado que se pretendía mundial. Según el autor, el orden westfaliano, sostenido sobre una lógica territorial, fue erosionado poco a poco por una corriente económica mundial, de carácter no estatal, que lo minaba desde todos los flancos. La economía capitalista-liberal, sostenida sobre una de tipo marítima, es decir, de no reconocimiento de las fronteras, no sólo llevaba en su seno la superación de las fronteras político-estatales, sino también la homogeneización interna de los Estados. La idea de una economía mundial libre presuponía que los Estados adoptaran un mínimo denominador común consistente “sobre todo en la no estatalidad de la propiedad, el comercio y la economía”.<sup>35</sup>

Por lo tanto, no debe hablarse de un fin de la soberanía en general, sino de una transformación de ésta que implica el fin de la de tipo westfaliano. En palabras del entonces secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan:

La soberanía estatal en su más básico sentido, está siendo redefinida, no en menor medida por las fuerzas de la globalización y de la cooperación internacional. Los Estados son ahora ampliamente comprendidos como instrumentos al servicio de sus pueblos y no viceversa. Al mismo tiempo, la soberanía individual –por la cual me refiero a la libertad

<sup>33</sup> Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 199.

<sup>34</sup> Stuart Elden, op. cit.

<sup>35</sup> Carl Schmitt, *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del ‘ius publicum europaeum’*, op. cit., p. 246.

fundamental de cada individuo, consagrada en la Carta de la ONU y subsiguientes tratados internacionales— ha sido alentada por una conciencia renovada y expansiva de los derechos individuales. Cuando leemos la Carta hoy, somos más que nunca conscientes de que su objetivo es proteger a los seres humanos individuales, no proteger a aquellos que abusan de ellos.<sup>36</sup>

Esta concepción del Estado y del rol del individuo y, a través de él, de la humanidad en las relaciones internacionales, es absolutamente novedosa. En efecto, la acción internacional en nombre de los individuos y grupos en peligro no ha sido, en ningún caso, algo usual durante los últimos siglos.

### La violencia liberal: las intervenciones liberales

Con el fin de la Guerra Fría llegó la inauguración de una nueva concepción de la guerra, una que buscaba invocar a la humanidad en sus discursos de justificación. La propia construcción de esta forma de guerra como “liberal” le adjunta un cierto significado normativo; que la guerra, cuando es llevada a cabo por determinados Estados, es una fuerza globalmente progresiva. La intervención en tierras distantes sería llevada a cabo en lo sucesivo en pos de la protección de otras poblaciones, aquéllas que se encuentran bajo amenaza por sus propios paisanos y gobiernos, requiriendo protección y rescate en el nombre de la responsabilidad internacional y los derechos humanos.<sup>37</sup>

Hay quienes sostienen que este orden liberal, caracterizado por su carácter pacífico, institucionalizado, comercial y cooperativo, predominó durante la década de los años noventa del siglo pasado; luego la guerra global contra el terror habría venido a ponerle fin.<sup>38</sup> En este sentido, el ejercicio de la violencia, los rasgos imperiales del orden liberal, fueron desechados como si no formaran parte del mismo.

Frente a estas posiciones, en el presente artículo se sostiene que guerra y orden político se encuentran fuertemente vinculados, pues todo orden político está constituido por y es constitutivo de determinado modo de hacer la guerra. Eso explica las transformaciones de esta última a partir de los cambios en la racionalidad gubernamental mundial, al tiempo que estos últimos fueron y son posibles debido al ejercicio de la violencia. Lo que se denomina como guerras liberales, tiene, por lo tanto, un aspecto

<sup>36</sup> Kofi Annan, “Two Concepts of Sovereignty” en *The Economist*, Londres, 18 de septiembre de 1999, consultado en abril 2013.

<sup>37</sup> Vivienne Jabri, *War and the Transformation of Global Politics*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2010, p. 94.

<sup>38</sup> Por ejemplo, John Ikenberry, *op. cit.*; Tim Dunne y Matt McDonald, *op. cit.*, pp. 1-17.

constitutivo fundamental, no sólo instaurando gobiernos liberales en zonas no liberales, sino también a través de sus prácticas discursivas (no menos importantes), generadoras de efectos tanto en la subjetividad de la población-blanco como en la población espectadora.

Así como el régimen gubernamental liberal fue definido a través de su objeto, su objetivo, su modo de intervención y su espacialidad, también las guerras liberales son determinadas por su objeto (la vida de la población), su objetivo (el mejoramiento de la misma), sus mecanismos de intervención (intervención en el marco) y su relación con la espacialidad (borramiento de las fronteras).

Las guerras liberales expanden el liberalismo de dos maneras: instaurando gobiernos de ese tipo (democracia liberal y apertura de mercados) allí donde éstos no existían (es lo que se intentó hacer tanto en Afganistán como en Irak y también en Libia, y es lo que explica el apoyo a los procesos en los países árabes, denominados como “Primavera árabe”);<sup>39</sup> y transformando subjetividades de los directamente implicados, pero también de quienes son sus espectadores. En este sentido, no está de más remarcar que, si se piensa en las últimas intervenciones en el ámbito mundial, todas ellas implicaron no sólo el derrocamiento del gobernante de turno, sino la reconfiguración de las sociedades intervenidas bajo la tríada liberal: identidad individual (subjetivación de los sujetos en tanto individuos), democracia liberal y economía capitalista de libre mercado.

<sup>39</sup> No se desconoce que las mismas potencias y organismos internacionales que apoyaron las luchas democratizantes en lugares como Libia, Siria y Túnez no hicieron lo propio en otros países, tales como Bahrein y Yemen. No es la intención descartar los análisis realistas y geopolíticos de las relaciones de poder mundiales, ni tampoco que la instauración de la democracia liberal en países no liberales suponga un acto de caridad internacional o de progreso de la humanidad. Lo que se está argumentando es que este tipo de movimientos son propios de un particular modo de gobierno, que la instauración de la democracia liberal supone la transformación de las subjetividades, la constitución de individuos (auto) gobernables. El caso de Egipto es interesante al respecto. Las potencias liberales no sólo no denunciaron el golpe de Estado que tuvo lugar en julio de 2013, sino que en la actualidad Gran Bretaña está persiguiendo las actividades de la Hermandad Musulmana en ese país. Es necesario aclarar que la llegada al poder de esta última, en tanto partido islámico, generó fuerte desconfianza entre las potencias liberales desde un principio. Por otra parte, éstos se negaron a realizar ciertas reformas neoliberales exigidas por el Fondo Monetario Internacional a cambio de un préstamo indispensable (como, por ejemplo, reducción/eliminación de subsidios en áreas sensibles) y realizaron ciertas reformas que iban en contra de la idea de democracia liberal (el caso del lugar que ocupó la *sharia* —ley islámica— en la Constitución de 2012 es elocuente al respecto). En este contexto, se entiende la afirmación del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, de que la “democracia es más que elecciones”, una afirmación repetida en distintos contextos conflictivos, tales como los de Ucrania y Venezuela. David Jackson, “Obama to Morsi: Democracy is More Than Elections” en *USA Today*, 2 de julio de 2013, disponible en <http://www.usatoday.com/story/theoval/2013/07/02/obama-morsi-egypt-proetsts/2481861/> consultado en noviembre 2013.

Así, coincide con Julian Reid, quien afirma que para

comprender la naturaleza de las relaciones entre los regímenes liberales y la guerra, es insuficiente desechar sus compromisos con la promoción de la paz y el ideal de la humanidad común simplemente como dispositivos retóricos que disfrazan las motivaciones estratégicas ocultas, generalmente conducidas por *ambiciones materiales*.<sup>40</sup>

En este último sentido, el discurso que enmarca a las guerras no es meramente retórico, ideológico o superestructural. La concepción epistemológica del mismo que se maneja en este trabajo lo concibe como performativo, es decir, como material y, por lo tanto, generando efectos sobre la “realidad”. En síntesis, lo que se está afirmando es que el objetivo explicitado de instalar la democracia liberal en distintas zonas del mundo no es un mero ejercicio retórico que oculta otros intereses: es un modo de gobierno liberal que busca constituir individuos (auto) gobernables. De esta manera, la instauración de la democracia no está pensada como imperativo moral, sino como tecnología de gobierno.

En resumen, “(l)os discursos de la guerra son, quizá, tan potentes políticamente como la guerra en sí misma”,<sup>41</sup> pues forman subjetividades y dan derecho de palabra a unos en tanto se lo quitan a otros. En este sentido, no hay que entender el despliegue del liberalismo a nivel mundial desde la perspectiva del progresismo liberal que ve en el fin de la Guerra Fría “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano”,<sup>42</sup> instando a que se acaben las “pretensiones ideológicas de representar formas diferentes y más elevadas de sociedad humana”.<sup>43</sup> Hay que entenderlo, en cambio, en sus capacidades no sólo para presentarse como el promotor del bienestar de la humanidad, sino para constituir las concepciones prevalecientes de lo que significa ese bienestar, para constituir los intereses y deseos de hombres y mujeres que pueblan el mundo. Y la guerra, el ejercicio de la violencia organizada, también funciona constituyendo ese discurso y, por tanto, subjetividades propias y ajenas.

Así como el régimen de gobierno liberal tiene como objeto ya no al Estado, sino a la población mundial, las guerras liberales también se hacen en nombre de ésta.

<sup>40</sup> Julian Reid, *The Biopolitics of the War on Terror. Life Struggles, Liberal Modernity, and the Defence of Logistical Societies*, Manchester University Press, Nueva York, 2006, p. 5. Las cursivas fueron añadidas, para señalar, de pasada, la concepción materialista que predomina en la disciplina de las Relaciones Internacionales.

<sup>41</sup> Vivienne Jabri, *War and the Transformation of Global Politics*, *op. cit.*, p. 22.

<sup>42</sup> Francis Fukuyama, “¿El fin de la historia?” en *Estudios públicos*, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, 1989, pp. 6-7.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 23.

El documento *La responsabilidad de proteger*, al que se hizo alusión en el apartado anterior, busca, precisamente, legalizar el hecho de que la humanidad haya devenido objeto de la guerra. La emergencia de este documento formalizador es resultado de los cambios en la práctica discursiva con respecto a los conflictos bélicos. La figura de la responsabilidad de proteger que apareció en repetidas oportunidades antes, durante y luego de la intervención en Libia de 2011, es resultado de la búsqueda de un “consenso global” respecto a la “intervención humanitaria”.

Por su parte, el objetivo de las guerras liberales no se limita a la sobrevivencia de los Estados ni a la de las poblaciones, sino a su mejoramiento. El mismo se sostiene sobre una escala jerárquica de valores en la que la forma de vida del portador del discurso se presenta como la más elevada.

En efecto, el discurso liberal extendido coloca a las democracias liberales en un lugar privilegiado para lograr la finalidad de mejorar la vida de la población. En primer lugar, porque considera que dicho régimen de gobierno no vulnera los derechos humanos de los individuos (entendiendo a estos últimos de modo reduccionista, en tanto libertades políticas). En segundo lugar, porque, según se sostiene, las democracias no hacen la guerra entre sí y, por lo tanto, protegen a sus ciudadanos de los sufrimientos que ésta conlleva. Esta última razón la otorga la tesis de la paz democrática, “lo más cercano a una ley empírica en las relaciones internacionales”.<sup>44</sup>

La tesis de la paz democrática es una actualización, mediada por una particular interpretación, de la teoría de la paz perpetua de Immanuel Kant.<sup>45</sup> El filósofo alemán, quien es considerado uno de los padres fundadores del liberalismo en Relaciones Internacionales y uno de los referentes del Iluminismo, reflexionó en su tratado acerca de una paz eterna entre los Estados, imbuido del discurso de la ilustración y su concepción de la historia como un progreso lineal indefinido. Kant consideró la posibilidad de relegar la guerra al pasado como indicador universal del progreso contra la reacción, de la civilización contra la barbarie, del orden cívico del Estado moderno contra el caos del estado de naturaleza. Para lograr este pasaje, consideraba necesaria la acción de los hombres, el artificio, ya que, sostenía, la guerra forma parte de la naturaleza.<sup>46</sup>

El primer elemento que considera fundamental para la consecución de una paz

<sup>44</sup> Lynn-Jones, citado por Linda S. Bishai y Andreas Behnke, “War, Violence and the Displacement of the Political” en Louiza Odysseos y Fabio Petito (eds.), *The International Political Thought of Carl Schmitt. Terror, Liberal War and the Crisis of Global Order*, Routledge, London, 2007, p. 111.

<sup>45</sup> Immanuel Kant, *La paz perpetua*, Bureau Editor, Buenos Aires, 2000.

<sup>46</sup> Como nota aclaratoria Kant señala que el pueblo que se encuentra fuera de un estado legal, es decir, en un estado natural, pone en peligro la paz perpetua, lo cual hace necesario que sea obligado a integrarse o a permanecer separado.

perpetua es la república porque, sostenía, bajo esta forma es necesario el consentimiento de los ciudadanos para librar una guerra y, debido a que los costos de tal aventura recaen sobre ellos mismos, éstos se encontrarán poco dispuestos a llevarla a cabo. El segundo factor necesario es la conformación de una sociedad de naciones entre los Estados que deben permanecer independientes, constituyendo arreglos de seguridad colectiva. El tercer y último elemento consiste en el principio de una hospitalidad universal que otorgue a todos los individuos un derecho de ciudadanía mundial. Finalmente, el autor señala que la garantía de la paz perpetua sobre la que teoriza es el comercio mundial que, al contrario que la guerra, acerca y une a los hombres. Sobre este último punto se sostienen los autores liberales que hacen hincapié en la libertad de los mercados como modo de eliminación de las guerras.

La actualización de la teoría de la paz perpetua bajo la forma de la tesis de la paz democrática que tuvo lugar durante la década de los años setenta del siglo pasado, en el marco del despliegue del neoliberalismo, ensambla democracia y libre mercado, tal como lo planteara Kant. Esta aseveración, sostenida sobre la teoría liberal de Relaciones Internacionales que coloca en el centro de sus reflexiones la naturaleza de los regímenes domésticos y que volvió a cobrar fuerza a partir del fin de la Guerra Fría, se encuentra apoyada sobre la observación de que los Estados liberales democráticos no se hacen la guerra: “Es un argumento simple: cuanto más se extirpe la diferencia, más se extirparán las fuentes de la enemistad”.<sup>47</sup>

El máximo referente de esta actualización es Michael Doyle,<sup>48</sup> quien retomó la teoría esbozada por Kant en el marco del debate entre liberales y realistas. El autor estadounidense afirma, al contrario de lo que sostienen estos últimos, que el régimen interno de los Estados es importante al momento de determinar su política exterior, porque estos no actúan de la misma manera según sean o no democráticos o según sean o no liberales (homologándose, de esta manera, liberalismo con democracia). La tesis de Doyle sostiene que los Estados liberales actúan de modo distinto hacia aquéllos del mismo tipo y hacia aquéllos que no lo son. Y se basa en que el postulado básico del liberalismo a nivel internacional, es decir, la proposición que plantea que los Estados tienen derecho a estar libres de intervención extranjera, sólo se aplica a los liberales puesto que estos últimos están constituidos con base en el consenso de sus ciudadanos.

<sup>47</sup> Michael Dillon y Julian Reid, *The Liberal Way of War. Killing to Make Life Live*, *op. cit.*, p. 48.

<sup>48</sup> Michael W. Doyle, “Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs”, parte 1, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, Wiley Library, Oxford, 1983, pp. 205-235; Michael W. Doyle, “Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs”, parte 2, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, Wiley Library, Oxford, 1983, pp. 323-353; Michael W. Doyle, “Liberalism and World Politics” en *The American Political Science Review*, vol. 80, núm. 4, Cambridge University Press, Estados Unidos, 1986, pp. 1151-1169.

Por el contrario, los no liberales que no encuentran allí su fundamento, son entendidos como injustos.<sup>49</sup> Esto último da lugar al concepto de guerras justas e injustas, actualizado para el siglo xx por Michael Walzer<sup>50</sup> y, asimismo, al derecho que se arrogan los Estados liberales de hacer la guerra contra los no liberales. Entre los primeros se establece, así, una “zona de paz liberal”. Esta última es fundamentada a través de argumentos empíricos que colocan al modelo de la democracia estadounidense como el parámetro contra el cual se miden el resto de las democracias.<sup>51</sup> Esta zona de paz mantiene a los Estados liberales separados del estado de guerra hobbesiano en el que viven el resto de las sociedades. Sin embargo, como se afirmó, no deja exentos a los primeros de hacer la guerra contra los segundos, guerras que “sólo son peleadas por propósitos populares, liberales”.<sup>52</sup>

Lo que está en juego en la tesis de la paz democrática es el significado de democracia que se maneja, aunque desde dicha teoría se la plantea como una noción de un único sentido. En efecto, dado que es un concepto político por excelencia, el término democracia forma parte de una lucha por éste. Y el que se le da desde los países exportadores de la misma es aquél de democracia liberal: gobierno representativo más libre mercado. En palabras de la entonces secretaria de Estado, Hillary Clinton, en el marco de los levantamientos en los países árabes: “No es sólo la reforma política lo que es importante aquí— y quiero enfatizar fuertemente este punto —lo es también el cambio y la reforma económica, y estamos muy, muy enfocados en ello. Es clave para el éxito de estas transiciones hacia gobiernos representativos y receptivos”.<sup>53</sup>

<sup>49</sup> Michael W. Doyle, “Liberalism and World Politics”, *op. cit.*, pp. 1151-1169.

<sup>50</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars. A Moral Argument with Historical Illustrations*, Basic Books, Nueva York, 2006.

<sup>51</sup> Al respecto, véase Bruce Russett, *Grasping the Democratic Peace. Principles for a Post-Cold War World*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1993; Ido Oren, “The Subjectivity of the ‘Democratic’ Peace: Changing U. S. Perceptions of Imperial Germany” en *International Security*, vol. 20, núm. 2, Harvard University’s Belfer Center for Science and International Affairs, Cambridge, 1995, pp. 147-184.

<sup>52</sup> Michael W. Doyle, “Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs”, parte 1, *op. cit.*, p. 230; Michael W. Doyle, “Liberalism and World Politics”, *op. cit.*, p. 1160.

<sup>53</sup> Casa Blanca, “Briefing by National Security Advisor Tom Donilon and Deputy National Security Advisor Ben Rhodes on Libya and the Middle East”, 10 de marzo de 2011, disponible en [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov) consultado en mayo 2011 (traducción libre). El apoyo de la administración Obama al despliegue del neoliberalismo a nivel mundial también es evidente en esta alocución en el Egipto post Hosni Mubarak: “el crecimiento de Egipto a largo plazo no depende del empleo del gobierno sino del empleo en el sector privado. Entonces cuanto más inversión extranjera directa podamos ayudar a alentar y apoyar, creemos que será beneficioso para el pueblo egipcio”. Véase Departamento de Estado de Estados Unidos, “Remarks with Egyptian Foreign Minister, Nabil Al-Araby”, 15 de marzo de 2011, disponible en [www.state.gov](http://www.state.gov) consultado en abril 2012.

Así, se impone una nueva norma *a priori*, un nuevo “estándar de civilización” que instaure novedosas fronteras, ya no territoriales, sino entre liberalismo y no liberalismo. Se establece, así, una jerarquía entre los Estados de acuerdo a cuánto se acerquen o alejen de esa norma, abriendo la posibilidad al concepto de guerra discriminatoria del que hablara Schmitt. Las intervenciones democratizantes en defensa de los derechos humanos, entendidos como libertades políticas, suponen, en efecto, la instauración de una desigualdad entre los Estados: mientras las soberanías de los Estados liberales es respetada y resguardada, la de aquellos que no lo son queda al libre arbitrio de los primeros, dando lugar al concepto de “soberanía contingente” que se ha trabajado en el apartado anterior. De esta manera, los Estados no liberales son concebidos *a priori* como potencialmente peligrosos para la “comunidad internacional”.

Por lo tanto, la intervención a través de las guerras se realiza también en el marco institucional en el que se desarrolla la vida de la población. Esta estrategia queda en evidencia a través de dos características particulares. Por un lado, el intento de transformación de los regímenes no liberales en liberales. Por otra parte, la regeneración de la infraestructura del Estado blanco. En efecto, frente a la destrucción de ésta con el objetivo de su debilitamiento, en el marco de las guerras westfalianas (caso de la Guerra del Golfo de 1990/1991), “las estrategias para destruir los regímenes iliberales suelen ahora estar basadas en su regeneración positiva, con el objetivo último de reinsertarlos en las redes de intercambio y flujos que constituye el gobierno liberal global”.<sup>54</sup> El caso de la última invasión a Irak es elocuente al respecto: los ocupantes se encargaron de asegurar, en primer lugar, los pozos de petróleo y los oleoductos que conducen el principal producto del país. Por otra parte, como vimos en el sucinto repaso del documento sobre la responsabilidad de proteger, ésta no se restringe a reaccionar, sino también a prevenir y a reconstruir. Ambas responsabilidades exigen una transformación del medio en el que se desarrolla la vida de las poblaciones. La intervención es en el marco.

De este modo, la espacialidad de las guerras también se modifica. En efecto, si el objeto está constituido por la humanidad, es esperable que los límites territoriales pierdan importancia. La espacialidad de la guerra liberal ya no supone fronteras territoriales entre dos enemigos políticos (Estados), sino que establece diferenciaciones entre un espacio democrático-liberal y otro que no lo es. La tesis de la paz democrática coloca a la guerra en este último espacio. Los países no liberales, quedan, entonces, a disposición de intervenciones por parte de aquéllos liberales. Así, la referencia a la humanidad genera una reconstitución de lo internacional más allá del sistema de Estados soberanos.

<sup>54</sup> Michael Dillon y Julian Reid, *The Liberal Way of War. Killing to Make Life Live*, *op. cit.*, p. 135.

## Conclusiones

El artículo partió de una premisa epistemológica que lo atravesó y a través de la cual hizo a un lado la centenaria oposición entre materialismo e idealismo: postuló que el discurso es material, pues tiene como efecto la constitución de la “realidad”. Así, éste apareció fuertemente vinculado al ejercicio del poder pues, se aseveró, es el saber el que permite la actualización de los distintos modos de ejercicio del poder que varían históricamente, mediante la constitución de subjetividades.

El discurso estuvo presente tanto en la construcción del concepto de régimen de gobierno liberal mundial como en el de guerra liberal. Ambos fueron vinculados, suponiéndolos como constitutivos de manera recíproca. De este modo, régimen gubernamental liberal mundial y guerra liberal fueron definidos por su objeto (la población mundial), por su objetivo (el mejoramiento de la vida de la misma), por su modo de intervención (intervención en el marco) y por su espacialidad (borramiento de las fronteras). Las cuatro dimensiones confluyeron en la posibilidad siempre abierta de la intervención que distingue a la racionalidad de gobierno liberal y, a través de ésta, de la imposición de una determinada configuración de relaciones sociales, cuyo modelo aparece representado por el portador del discurso. En este sentido, se dedujo que el objetivo del mejoramiento de la vida de la población (objeto) se efectúa a través de la exportación de la institucionalidad liberal a zonas no liberales. Así, se instaaura una jerarquía entre los Estados en el vértice de la cual se encuentran las potencias liberales.

El intervencionismo en el marco también dio cuenta de transformaciones en la espacialidad que se dan tanto en el régimen de gobierno liberal, como en su modo de hacer la guerra. La soberanía deja de ser la institución eje alrededor de la cual gira la política internacional, para devenir contingente: los Estados liberales conservan su soberanía inmaculada, mientras que la de los Estados no liberales queda a disposición de los primeros. El resultado: la imposición de la tríada liberal, con la consiguiente ruptura de lazos sociales que ésta supone.

La imposición de la democracia liberal no suele ser objeto de análisis, sino más bien de evaluación, utilizándose para ello categorías morales. Esta lectura la hacen tanto sus detractores, quienes postulan que la política democratizante es “hipócrita” porque tras ella se ocultan intereses materiales, como quienes la apoyan, considerando que se trata de un modo de mejorar la vida de las poblaciones sufrientes. El presente artículo buscó una lectura que se apartara de la meramente moral. De este modo, a través del establecimiento de un determinado tipo de vinculación entre gobierno liberal y guerra liberal, intentó mostrar que la imposición de la democracia liberal también puede ser leída como una estrategia de poder a nivel mundial que forma parte de un determinado modo de ejercicio del poder: el poder liberal.

## Fuentes consultadas

- Annan, Kofi, "Two Concepts of Sovereignty" en *The Economist*, Londres, 18 de septiembre de 1999.
- Balibar, Étienne, *Violencias, identidades y civilidad*, Gedisa, Barcelona, 2005.
- Barkawi, Tariq y Mark Laffey, "The Imperial Peace: Democracy, Force and Globalization" en *European Journal of International Relations*, vol. 5, núm. 4, Universidad de Sussex, Brighton, Gran Bretaña, 1999.
- Bishai, Linda S. y Andreas Behnke, "War, Violence and the Displacement of the Political" en Louiza Odysseos y Fabio Petito (eds.), *The International Political Thought of Carl Schmitt. Terror, Liberal War and the Crisis of Global Order*, Routledge, London, 2007.
- Clark, Ian y Christian Reus-Smit, "Liberal Internationalism, the Practice of Special Responsibilities and Evolving Politics of the Security Council" en *International Politics*, vol. 50, núm. 1, Palgrave Macmillan, Hampshire, 2013.
- Deleuze, Gilles, *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Dillon, Michael y Julian Reid, "Global Liberal Governance: Biopolitics, Security and War" en *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 30, núm. 1, Sage, Londres, 2001.
- Dillon, Michael y Julian Reid, *The Liberal Way of War. Killing to Make Life Live*, Routledge, Nueva York, 2009.
- Doyle, Michael W., "Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs", parte 1, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, Wiley Library, Oxford, 1983.
- Doyle, Michael W., "Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs", parte 2, en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, núm. 3, Wiley Library, Oxford, 1983.
- Doyle, Michael W., "Liberalism and World Politics" en *The American Political Science Review*, vol. 80, núm. 4, Cambridge University Press, Estados Unidos, 1986.
- Dunne, Tim y Matt McDonald, "The Politics of Liberal Internationalism" en *International Politics*, vol. 50, núm. 1, Palgrave Macmillan, Hampshire, 2013.
- Elden, Stuart, *Terror and Territory. The Spatial Extent of Sovereignty*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2009.
- Foucault, Michel, "El sujeto y el poder" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, UNAM, México, julio-septiembre 1988.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- Foucault, Michel, *Securité, territoire, population*, Seuil/Gallimard, París, 2004.
- Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

- Fukuyama, Francis, “¿El fin de la historia?” en *Estudios públicos*, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, 1989.
- Hardt, Michael y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Ikenberry, John, *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*, Princeton University Press, Oxford, 2011.
- Jabri, Vivienne, “La guerre et l’État libérale démocratique” en *Cultures et conflits*, núm. 61, L’Harmattan, París, 2006.
- Jabri, Vivienne, *War and the Transformation of Global Politics*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2010.
- Kant, Immanuel, *La paz perpetua*, Bureau Editor, Buenos Aires, 2000.
- Krasner, Stephen D., *Soberanía, hipocresía organizada*, Paidós, Barcelona, 2001.
- Odysseos, Louiza, “Liberalism’s War, Liberalism’s Order: Rethinking the Global Liberal Order as a ‘Global Civil War’”, documento preparado para el *Liberal Internationalism Workshop pre-ISA*, San Francisco, 25 de marzo de 2008.
- Oren, Ido, “The Subjectivity of the ‘Democratic’ Peace: Changing U. S. Perceptions of Imperial Germany” en *International Security*, vol. 20, núm. 2, Harvard University’s Belfer Center for Science and International Affairs, Cambridge, 1995.
- Petito, Fabio, “Against World Unity: Carl Schmitt and the Western-Centric and Liberal Global Order” en Louiza Odysseos y Fabio Petito, *The International Political Thought of Carl Schmitt. Terror, Liberal War and the Crisis of Global Order*, Routledge, Londres, 2007.
- Reid, Julian, *The Biopolitics of the War on Terror. Life Struggles, Liberal Modernity, and the Defence of Logistical Societies*, Manchester University Press, Nueva York, 2006.
- Ruggie, John Gérard, “Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations” en *International Organization*, vol. 47, núm. 1, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.
- Russett, Bruce, *Grasping the Democratic Peace. Principles for a Post-Cold War World*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1993.
- Schmitt, Carl, *Teoría del partisano*, Centro de Estudios Políticos Constitucionales, Madrid, 1966.
- Schmitt, Carl, *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del ‘ius publicum europaeum’*, Struhart & Cía, Buenos Aires, 2005.
- Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Struhart & Cía, Buenos Aires, 2006.
- Stoler, Ann Laura, *Race and the Education of Desire. Foucault’s History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Duke University Press, Londres, 1995.
- Walzer, Michael, *Just and Unjust Wars. A Moral Argument with Historical Illustrations*, Basic Books, Nueva York, 2006.